

BIBLIOGRAFÍA

IMPRESIONES DE CORDOBA. — *Martin de Moussy* (1857), *Johann J. von Tschudi* (1858), *Hermann Burmeister* (1859).

Estos ligeros apuntes tienen el modesto fin de salvar del olvido, común destino de las cosas viejas, a dos obras en las cuales hay páginas interesantes relativas a la ciudad de Córdoba; obras además, de escasa circulación y ya bastante raras e inaccesibles a la generalidad, por haber sido publicadas en idioma alemán; me refiero a las relaciones de los viajes y estudios realizados en el territorio argentino por Johann J. von Tschudi (1) y por Hermann Burmeister (2) casi contemporáneamente (1858-

(1) *Juan Jacobo de Tschudi*, médico y naturalista suizo (1818-1887), exploró, desde 1838 a 1845, con sus propios recursos, el Perú. Desde 1857 hasta 1859 visitó el Brasil, los Estados del Plata, Chile y Bolivia. El año siguiente fué enviado al Brasil como embajador de la Confederación Helvética, y allí permaneció algunos años. Dejó varias obras sobre la fauna del Perú, antigüedades peruanas, el idioma quichúa, etc. La obra que analizaremos es: *Reisen durch Sudamerika* (Viajes a través de la América del Sud), Leipzig, Brockhaus en 5 tomos. Tomo IV, cap. IV.

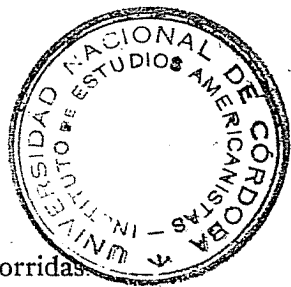
(2) *Carlos Hermann Burmeister* nació en Stralsund (Prusia) en 1807 y falleció en Buenos Aires en 1892; médico y naturalista, profesor de Zoología en la Universidad de Halle, en Alemania, y desde 1842 profesor en la Facultad de Ciencias Físicas y Naturales de Buenos Aires y Director del Museo Nacional; es bien conocida la influencia notable que este sabio ha ejercido en el desarrollo de los estudios científicos en el país, como maestro y como autor de numerosas monografías en las distintas ramas de las Ciencias Naturales. Recorrió, de 1850 a 1852, el Brasil, regresando a Alemania; desde 1856 hasta 1859 visitó la Argentina y el Uruguay, volviendo por Panamá a Alemania, en donde publicó la obra «*Reise durch la Plata Staaten*» (Viaje a los Estados del Plata), Halle, 1861, en dos tomos, en la cual están contenidas las impresiones sobre Córdoba que son objeto de la presente nota.

1859). Estimo además oportuno asociar a las impresiones de estos dos autores la descripción que, recorriendo Martín de Moussy (1), poco anteriormente (1857), la provincia de Córdoba, nos dejó de ella, en su obra tan importante sobre la Confederación Argentina.

Sirvan al mismo tiempo estas notas de justo homenaje a la memoria de tres sabios que estudiaron el país en sus condiciones físicas, biológicas, estadísticas e históricas, recorriéndolo en todas direcciones, en una época en que los viajes eran largos, difíciles y peligrosos, y que dedicaron largos años a la descripción del territorio argentino. Sépase que de *Moussy* viajó sin interrupción a través del país, durante cuatro años; *von Tschudi* casi un año entero, y *Burmeister* por más de dos años. Si comparamos las obras que nos han dejado estos escritores, con los libros publicados 50 años después por exploradores improvisados, que apenas si han permanecido unos cuantos días en la República, resultan éstas ridículas parodias preparadas a veces de antemano en el viaje y esperadas con impaciencia por el editor.

Si se sigue los itinerarios de viaje de los tres naturalistas cuyos nombres encabezan estas líneas, es verdaderamente asombrosa la suma de energías y de abnegación que representan estos estudios. Citaré tan solo el itinerario de *de Moussy*, que salido en 1855 de Buenos Aires, fué primero a la provincia de Entre-Ríos, pasó luego a Misiones, al Paraguay, a Corrientes, tocó las provincias limítrofes del Brasil y de la Banda Oriental, y dedicó casi dos años a sus observaciones físicas, sobre fauna, flora y estadísticas,

(1) *Victor Martin de Moussy*, médico y naturalista (1810-1869), vino a la América del Sud por encargo de la Academia de Ciencias de París, y después de haberse quedado algunos años en la Banda Oriental, pasó a la Confederación Argentina, en donde el Presidente Justo José de Urquiza le confió una descripción física y estadística del país, obra que ocupó a *de Moussy* durante ocho años. Fruto de su trabajo fué la «Description géographique et statistique de la Confédération Argentine», en tres tomos, de algo más de dos mil páginas, con un atlas, editada en París por Firmin Didot entre 1860 y 1864, obra de gran aliento y mérito.



en los puntos más importantes de las provincias recorridas. En su segundo viaje, partió del Rosario y llegó a San Luis, atravesando la Pampa, para visitar luego las provincias de San Juan y de Mendoza y pasar la Cordillera, permaneciendo un breve tiempo en Chile. Vuelve después de Moussy a la República por el camino de Tinogasta y Copacabana; visita las provincias de Catamarca, Tucumán, Salta y Jujuy, hasta Humahuaca; explora después el valle de Calchaquí y por el Anconquiya vuelve a Tucumán para trasladarse a Santiago del Estero y seguir viaje a través de La Rioja y de las sierras de Achala hasta Córdoba, volviendo de aquí al Rosario. La segunda parte del viaje duró, como la primera, alrededor de dos años, y comprendieron ambas un trayecto de tres mil seiscientas leguas, recorridas en barco, en canoa, en mensajería, en carreta de bueyes, a caballo, en mulas, a pie, con todos los medios de locomoción posibles, menos el ferrocarril, por la simple razón de que en ese tiempo no lo había, y pudo de Moussy afirmar, que durante su viaje no dejó ningún punto de algún interés en el territorio recorrido, sin visitar y estudiar. No habría podido de otra manera encontrar nuestro autor materia para los tres tomos de su obra, de los cuales el primero comprende la geografía general, la hidrografía, la orografía, la geología y climatología argentina, a más de la parte botánica y agrícola. El segundo tomo trata de la zoología e industria ganadera, de la etnología, climatológica, colonización, industria y comercio, vías de comunicación y organización política. El tercer tomo está dedicado a la descripción detallada de las distintas provincias, y contiene la reproducción de interesantes documentos históricos. Me he detenido algo sobre el trabajo de de Moussy, publicado en francés, en París, por ser más accesible y útil a la mayoría de los estudiosos, que los libros de von Tschudi y Burmeister, editados en Alemania y que son simples impresiones de viaje.

Los datos de *de Moussy* sobre Córdoba, representan un verdadero estudio físico y demográfico, no tan sólo de la ciudad, sino de toda la provincia, y constituyen una pequeña monografía de gran originalidad, por cuanto los datos han sido recogidos directamente por el autor, que no pudo consultar, por no existir, ninguna obra precedente, de la misma naturaleza.

Mencionaré entre los puntos más interesantes en el primer tomo, (pág. 152), la hidrografía de la provincia de Córdoba, abundante en noticias, especialmente sobre el Río Tercero y su navegabilidad, problema al cual el autor dedica cuatro páginas íntegras; recuerda a este propósito de Moussy las primeras iniciativas del Virrey Sobremonte y de don Antonio Benito Fraguero, y los reconocimientos efectuados con embarcaciones desde el Paso de Ferreyra, a treinta leguas de Córdoba, hasta el Río Paraná. Los últimos ensayos, en 1856, tendieron a establecer en Río Tercero la navegación a vapor y a transformarlo en una importante vía de comunicación desde Villa Nueva al Paraná. El mismo tomo contiene también un bosquejo de las sierras de Córdoba (págs. 225, 276, 418), en sus relaciones topográficas, geológicas, mineras y vegetativas; cita a este último propósito, los bosques de palmeras (*Chamaedrix*) que se admiran en la vertiente norte de las sierras, a una altura media de 1000 metros, que hoy en día también pocos conocen y que son de una belleza tan sugestiva. Según de Moussy la aclimatación en las sierras de Córdoba de las cabras de Cachemir y de Angora, haría en el porvenir la fortuna de la provincia, predicción que es de sentir no esté todavía en camino de realizarse.

El segundo tomo contiene noticias demográficas de la ciudad de Córdoba, con algunas consideraciones sobre el aumento de la población. En el mismo tomo, un capítulo entero (pág. 429), está dedicado a las condiciones actuales y a la historia del desarrollo de las industrias mineras en la provincia, industrias que en ese entonces hacían presagiar una importancia que no han adquirido hasta ahora, excepción hecha de la calera; este capítulo

contiene datos interesantes sobre la participación que algunas familias de Córdoba han tenido en las vicisitudes de la industria minera provincial. Hay datos sobre el sistema monetario (pág. 529), las vías de comunicación (pág. 551) y algunas noticias sobre la instrucción pública (pág. 636), que encontraremos más desarrolladas en el tercer volumen.

Alrededor de treinta páginas de este último tomo (cap. VI) están dedicadas a la ciudad y provincia de Córdoba, cuya descripción da nuestro autor en la forma ordenada y metódica que es habitual en él, volviendo a tratar sintéticamente la situación astronómica, los límites, el aspecto general, la hidrografía; orografía, clima, vegetación, fauna salvaje y doméstica, industrias y comercio, vías de comunicación, administración, etc., como complemento y ampliación de las noticias ya dadas en la parte general de la obra. Quien deseara conocer el estado de la provincia de Córdoba en esta época (1852), encuentra en el libro de de Moussy un acopio verdaderamente abundante de datos.

En el capítulo dedicado a la instrucción pública se detiene el autor sobre el colegio de Monserrat, refiriendo varias noticias sacadas de una memoria del doctor Eusebio Bedoya al gobierno nacional, de la cual se deduce, entre otros datos, que sus rentas consistían, en esa época, en una estancia de catorce leguas conteniendo mil cabezas de ganado, unas 120 hectáreas de campo alfalfado bajo riego, dos molinos y algunas casas, más propiedades en la ciudad por el valor de 20.000 pesos fuertes, crédito en la Municipalidad por 25.000 pesos, y el valor correspondiente a setenta becas del gobierno nacional.

La Universidad estaba en un período de transformación; de ella nos da el programa de estudios para la Facultad de Medicina que se pensaba fundar, y la nómina de las nuevas cátedras que se proyectaba agregar a la enseñanza del Derecho.

La descripción de la ciudad, breve reseña de los edificios importantes, con noticias sobre el origen y la marcha de las principales instituciones, no contiene impresiones personales artísticas

o sociales como las que se encuentran en las relaciones de viaje que analizaremos luego. Un aspecto de la ciudad, hoy perdido, y que impresionó gratamente a de Moussy, fué el de la zona de las quintas adyacentes al paseo Sobremonte, que empezaba en la orilla de la Cañada. La población de la capital se estimaba en ese entonces en 30.000 almas.

El mismo capítulo contiene una reseña de los departamentos, bastante rica en noticias; el último párrafo está destinado a la historia de la provincia, breve y ordenado bosquejo, digno de ser leído, que contiene, entre otros datos, la nómina y la cronología de los gobernadores de Córdoba, desde 1810 a 1860.

Verdaderamente sorprendente en la obra de de Moussy, es el número de predicciones estadísticas y comerciales, por completo realizadas en los tiempos modernos; así no en vano, dice el autor, refiriéndose a la Córdoba de 1852, que "puede enorgullecerse por su pasado lo mismo que por el porvenir que le espera," (I, pág. 43).

Juan J. von Tschudi, visitó Córdoba en junio de 1858, llegando de Rosario por mensajería; fué huésped de la familia de Márquez.

Después de anotar algunos datos sobre la posición topográfica y la fundación de la ciudad, consigna desde luego la impresión de que encuentra Córdoba superior a las demás capitales de provincia por sus importantes edificios. Su atención se vuelve en seguida a la catedral, que declara la iglesia más interesante artísticamente del lado este de Sud América. El padre Prímoli, que la levantó, dió también los planos del colegio de San Carlos y bajo su dirección se construyeron las iglesias de San Francisco y La Merced de Buenos Aires y otras menores de los Estados del Plata. De la Catedral nos da von Tschudi una descripción bastante

detallada, pero no tan completa y técnica como la que referimos de Burmeister.

Durante la dominación española, Córdoba fué, según el autor, la Atenas de Sud América, con un marcado tinte teológico; la ciudad, como otras similares de Europa, tuvo un carácter universitario, de cultura y espiritualidad, que se reflejaba en la existencia de todos sus habitantes. Cita a este propósito von Tschudi varios pasajes de las obras de Sarmiento, que pintan el misticismo intelectual de la antigua Córdoba, circundada de la barbarie aborigen y aislada del mundo por la inmensidad de la pampa despoblada.

El colegio de San Carlos (Universidad) contaba en ese año 132 estudiantes y cinco profesores; en esa época se proyectaba un nuevo plan de estudios y se hablaba de fundar una Facultad de Ciencias Médicas. Menciona von Tschudi la vida de los estudiantes, severamente disciplinada.

Dedica el autor un interesante párrafo a la Biblioteca del Claustro, rica en obras antiguas e importantes manuscritos relativos a la Historia de los Estados del Plata; las obras se encuentran todavía, en su mayor parte, en la Biblioteca de la Universidad, pero no los manuscritos. Von Tschudi se interesó en conocer la suerte de estos últimos; pero no pudo sacar mucho en claro. Según la opinión que él recabó de algunos informantes, el comisionado del gobierno real, Bucarelli, encargado de desalojar a la Compañía, hizo quemar esos documentos; según otra opinión, los manuscritos habían sido llevados a Buenos Aires, y parece que a los menos hasta el año 1830, allí se encontraban, todavía en las bolsas en que habían sido traídos de Córdoba. Pero von Tschudi no pudo hallar ningún vestigio de ellos en aquella ciudad. Sin duda, se produjo en la época de la expulsión de los Jesuitas una dispersión de documentos; cita el autor el caso de que en La Paz le fué regalado un gran tomo manuscrito, en cuarto, en idioma castellano y sin título, que, según podía deducirse del prólogo, el autor pensaba titular "Argentina analítica o Aná-

lisis del Paraguay” y contenía una crónica detallada de las provincias del Plata, desde 1535 a 1574. En la última página estaba consignado el hecho de que el manuscrito constaba de tres tomos y se encontraba en la biblioteca de la Compañía en la Asunción del Paraguay. Sobre la suerte de lo restante de la obra, von Tschudi no pudo conseguir ninguna noticia.

Una de las maravillas de la Córdoba de esa época era el Paseo Sobremonte, con su cenador y sus botes de ruedas que transportaban una concurrencia elegante, amenizándose el paseo con música.

Se ocupa von Tschudi del comercio y de las industrias de Córdoba; estas últimas las constituían en aquel tiempo, la curtiembre, los tejidos y la cal. Anota el autor el pormenor de que la Municipalidad había dictado en ese entonces una ordenanza, por la cual multaba con 4 pesos a todo gaucho que llevara botas de potro, por el daño que para proveerse de ellas se estaba produciendo en la hacienda.

Muy admirado quedó von Tschudi de los tejidos, y especialmente de las alfombras, muy artísticas y de buen gusto, hiladas por las mujeres serranas, alfombras que se vendían hasta por 200 pesos y más.

No omite von Tschudi algunas noticias sobre las condiciones sanitarias de la ciudad; anota el gran número de individuos con cicatrices de viruela, la difusión tomada por la sífilis y la frecuencia de las afecciones cardíacas.

Se publicaba en esa época en Córdoba el “Imparcial” cotidiano, y el “Fiel Social” y la “Bandera Católica” periódicamente.

De Córdoba se dirigió el autor a Catamarca, recorriendo el trayecto a caballo con un arriero. Se necesitaba en ese tiempo un pasaporte para transitar de una a otra provincia y se pagaba, además, un impuesto de viaje, que era de un real por legua para los coches, y de medio real para los jinetes y las cargas.

El invierno fué muy riguroso en 1858; el 18 de junio, día en que von Tschudi salió de Córdoba, nevó durante toda la tarde.

Hermann Burmeister, partió de Santa Fe el 12 de junio de 1859, y utilizando un servicio de mensajerías (que tenía 4 salidas mensuales), llegó a Córdoba el día 20 del mismo mes al anocheecer, por el camino de Río Segundo; la aparición repentina de la ciudad con sus cúpulas y campanarios desde la altura de las barrancas, constituyó para el viajero un panorama sorprendente, atenuándose al atravesar el barrio de las rancherías, que entonces como hoy constituyen un marco para la urbe, que ciertamente no sobresale por su magnificencia. Pero esta última impresión fué a su vez pronto borrada por la entrada clamorosa de la mensajería en la calle ancha, entrada que Burmeister bosqueja pintorescamente como triunfal, en largo galope, entre nubes de tierra y con acompañamiento de toques de clarín, de latigazos y de los gritos de alegría de los vecinos.

Después de breves noticias históricas y geográficas sobre la ciudad, que Burmeister indica como la principal del interior de la Confederación, y desde la antigüedad célebre sede de las ciencias y de la cultura del país, la atención del autor se concentra sobre los edificios e instituciones, a la visita de los cuales dedica los diez días de su permanencia en Córdoba.

En esa época, contaba la Provincia con 137.000 habitantes. y la ciudad y los alrededores, con 40.000 habitantes, ocupando esta última una extensión de once a doce cuabras de Este a Oeste, y catorce o quince cuabras de Norte a Sud.

Enumera Burmeister los edificios de importancia y se ocupa en seguida de la iglesia Catedral, a la que dedica una larga descripción. "Se trata, como él dice, de un antiguo y venerable edificio"..... construído por el arquitecto italiano Prímoli,

jesuita, en un elegante estilo del Renacimiento al principio del siglo XVII o al final del siglo XVI. El templo es amplio, luminoso, bien ideado en sus proporciones y ornado con decoraciones apropiadas y no excesivas." Burmeister, afirma tratarse de la iglesia más importante, del punto de vista artístico, de las que él conoce en las ciudades argentinas, comprendiendo Buenos Aires; inferior en dimensiones a las catedrales de Montevideo y Buenos Aires, es superior por la originalidad y elegancia de construcción. Este juicio de Burmeister no se basa sobre una simple impresión de conjunto y en observaciones a distancia, porque él dedicó a este templo un estudio prolijo, cual podía esperarse de un arquitecto y no de un naturalista. Referiré los puntos más importantes de su descripción: "La fachada de la iglesia tiene una puerta central grande y dos laterales más pequeñas, cada una de las cuales corresponde a una nave; las puertas laterales poseen un pilar de estilo toscano, la central dos. Superiormente a las puertas, el piñón no tiene decoraciones. A continuación de las entradas laterales están las torres, que se apoyan sobre una base, la cual termina en una galería que sobresale algo del frente. Las torres, cuadrangulares con los ángulos cortados, tienen una doble ventana de arco redondo a cada lado; son ventanas altas, en las cuales están colgadas las campanas y terminan con una cúpula hemisférica. Sobre las torres hay ocho elegantes tambores, que sostienen una esbelta linterna. Detrás del cuerpo central del frente se levanta el tambor de la nave media de la iglesia, que sube hasta la altura de las torres y está coronada por una arcada que termina con una decoración en forma de palmera. Dominando el conjunto aparece la cúpula central, elevada, de aspecto imponente, acompañada en cada ángulo por una pequeña torre octagonal, que termina con una diminuta cúpula redonda. La cúpula principal posee 16 costillas sobresalientes, decoradas, y su linterna está circundada por una corona de arcos; a la linterna la remata una bóveda chata, en forma de campana, cuya extremidad termina con una gran insignia de fierro que representa

la Pasión. Los ocho robustos pilares que sostienen las linternas poseen una elegante corona. La decoración arquitectónica del interior es muy sencilla, pero lo mismo de muy buen gusto, con marcos y rosetas en las bóvedas, bien concebida en sus proporciones y llena de sentimiento artístico. El conjunto de la obra constituye una unidad admirable que se corresponde en todas sus partes y se fusiona en una impresión de armoniosa belleza que repetidas veces he contemplado con íntimo placer.”

La iglesia de Santa Catalina recién construída, que Burmeister pasa a describir después de la Matriz, está lejos de poseer la importancia artística de esta última; encuentra su cúpula chata y las torres laterales demasiado pequeñas en comparación de la cúpula misma. Las pinturas internas son de escaso gusto artístico. El convento contaba en esa época con 40 hermanas.

Cita después la pequeña iglesia de Santa Teresa, característica por faltarle campanario y que contiene un buen cuadro de altar. Burmeister se alojaba en la misma cuadra del convento, en un hotel instalado en una propiedad de las hermanas y situado en la esquina de la plaza; este hotel era al mismo tiempo el sitio de reunión de los aficionados al juego. Así observa Burmeister, molesto tal vez por el ruido de los trasnochadores, “el infierno tenía su asilo en propiedad santa”. En compensación, en otro lado de la cuadra había un importante colegio con internado para señoritas.

Recuerda el doctor Burmeister la iglesia de San Francisco, nueva, elegante, no sobrecargada de ornatos, pero rígida en su aspecto, por no haberse observado en su construcción los preceptos clásicos de la arquitectura.

El convento de la Merced, en ese tiempo casi abandonado y habitado por solo cinco padres, venidos recién de Chile, es notable por su construcción sólida, en parte de piedra. El convento de Santo Domingo, antiguo, pero ni sólido ni elegante en apariencia, tenía la iglesia en estado de reconstrucción. A este respecto nota Burmeister, que se incurría en un grave error

arquitectónico en la construcción de las torres (1), por tener la parte inferior una ventana oval, la parte media una gótica y la superior una ventana con arco redondo.

El convento más importante de Córdoba es, sin duda, el antiguo colegio de los jesuitas, hoy Universidad Nacional de San Carlos; a este dedica Burmeister otro lugar preferente en su descripción de la ciudad, ocupándose especialmente del orden de los estudios en la época.

No era este el momento de mayor brillo de la Universidad de Córdoba, que contaba con sólo seis profesores efectivos. Las noticias que nos da Burmeister sobre plan de estudios y el funcionamiento administrativo, están sacadas en su mayor parte del almanaque nacional argentino. En este capítulo se encuentra una descripción bastante detallada de la iglesia de la Compañía, que el autor visitó, desde los subterráneos, donde notó la presencia de numerosos cráneos de padres allí sepultados, hasta los armazones de madera de la bóveda, poblados de murciélagos. Lo que en la iglesia encuentra más notable es un óleo del altar mayor, representando al Redentor en la Cruz, que califica de alto valor artístico.

Pasando de la iglesia al claustro del colegio de San Carlos, expresa Burmeister la impresión de solidez y elegancia que este proporciona; los detalles arquitectónicos de la construcción revelan maestría y muy buen gusto en el proyectista. El piso alto estaba casi abandonado, con las ventanas y puertas destrozadas y con los vidrios rotos; aquí vió Burmeister en acción la clase de dibujo, que elogia por el buen método y por el provecho de los alumnos.

Después del claustro del colegio de San Carlos, pasa Burmeister a describir el segundo, más sencillo, del colegio de Monserrat, que en ese entonces se estaba refaccionando. Encontró el claustro lleno de alumnos, muchos de los cuales vió maravi-

(1) Evidentemente luego se cambió este detalle del proyecto.

llado, que fumaban. Visitó la Biblioteca, constituída casi exclusivamente por obras de teología en la cual, sin embargo, había lugar para lámparas, corbatas y calzados.

→ Referente a edificios públicos, visitó Burmeister el hospital San Roque y después su atención se dirigió a las casas de familia, interesándole estudiar el estilo de los edificios particulares de la época colonial. Según el autor, si bien las casas habitaciones antiguas están edificadas en Córdoba según la misma disposición que en Mendoza o Santa Fé, sin embargo, aquí son no tan sólo más sólidas sino también mucho más elegantes, más lujosas y de gusto más selecto. Describe en esta ocasión, Burmeister, el tipo de la casa colonial en sus detalles, es decir, estilo, ornatos y mobiliario. Todas las ventanas poseían en ese tiempo una reja de fierro. Para la descripción parece haber tenido presente especialmente la llamada casa del Virrey. Concluye el autor afirmando que en los Estados del Plata, él no ha visto en otras ciudades edificios antiguos tan artísticamente interesantes como en Córdoba, y que con las numerosas iglesias son seguro testimonio del buen gusto y de la nobleza espiritual de los primeros pobladores españoles. A este respecto me permito reproducir, traducida literalmente, una consideración de Burmeister, que talvez posee algún sabor de actualidad: "Lástima que para los descendientes de los que levantaron aquellos elegantes edificios, estos hayan perdido la mayor parte del valor que tuvieron primitivamente y que se consideren hoy casi con indiferencia y desprecio; así que cuando aparece en un punto de la ciudad una casa moderna de estilo barroco, los vecinos se apuran en echar abajó sus antiguas mansiones para sustiúirlas con algo semejante a la nueva, que amenudo resulta un verdadero adefesio".

La impresión general que Burmeister recibe de su visita a esta, se resume en la frase siguiente: "Córdoba, un tiempo la metrópoli intelectual de Sud América, conserva todavía un carácter intelectual muy prominente."

El 29 de junio, festividad de San Pedro, asistió Burmeister

a la procesión alrededor de la plaza, ornada de altares, ceremonia que él describe pintorescamente en su pompa solemne, con el gran concurso de beatas, de músicos y la multitud de fieles.

Entre los alrededores de Córdoba ennumera el autor el paseo Sobremonte, dejando además un boceto de los Altos con sus rancherías y sus interesantes panoramas de la ciudad y de un paseo en el río, que en ese entonces carecía todavía de puentes.

El capítulo dedicado a Córdoba termina con algunas noticias sobre sus condiciones climatológicas y sobre los cultivos.

Al salir de la ciudad, Burmeister siguió camino de las sierras hasta pasar a la provincia de Tucumán, volviendo después a Catamarca para trasponer la Cordillera por Copacabana y Copiapó, viajando después por Chile y Perú hasta Lima.

V. D.

EL CARACTER DE LAS INSTITUCIONES SUD AMERICANAS. — *South of Panamá.* — Edward Alsworth Ross. — New York, 1915. — 396 pág.

El publicista y sociólogo norteamericano Edward Alsworth Ross, profesor de la Universidad de Wisconsin, acaba de traducir, en un volumen de 396 páginas, las impresiones que ha recogido en su reciente viaje a Sud-América.

Esta obra no es, según el propósito del autor, ni un acto de política tendiente a cultivar y estrechar las relaciones entre los países sud y norte americanos, ni un medio para estimular y favorecer el intercambio comercial, sino una investigación encaminada a poner de relieve las características de los pueblos sud americanos, que, a consecuencia de la apertura del canal de Panamá, han llegado a ser vecinos de los americanos del norte.

El propósito perseguido en este libro le da un carácter pecu-

liar y una extraordinaria significación: no se trata en él, como en la generalidad de los viajes, de descubrir, con más o menos viveza y exactitud, el suelo, las instituciones, los monumentos de un país; todo eso y mucho más pasa ante los ojos de Mr. Ross, para ir dejando en su espíritu una sensación que le revelará los rasgos peculiares, el carácter de cada pueblo; no son, pues, notas e impresiones de un fino espíritu, como las que nos ha dejado Clemenceau, ni una obra maciza y documentada, al modo de los viajes de Huret, sino un ensayo sobre la psicología peculiar de los pueblos de América.

El libro del profesor Ross, se refiere, principalmente, a las naciones de América española situadas al sud de Colombia.

De los países recorridos, solo el Perú ha ejercido en el viajero cierta atracción sentimental; la hermosura y variedad de su suelo, la benignidad de su clima, el encanto de sus ruinas, la noble aristocracia de sus tradiciones, le han arrancado la más amable declaración: "si el resto de mi vida debiera pasarlo confinado en el destierro, elegiría al Perú como lugar de mi residencia" (página 38).

En el desarrollo del pensamiento capital de este libro, el autor ha debido tropezar con muy graves dificultades. La distinta posición geográfica de los países y la diversa proporción de los componentes étnicos de los pueblos de América, no permiten que se los agrupe dentro de los rasgos de una misma psicología; es verdad que el común origen presta a estos una estructura íntima de gran similitud, pero, mientras los unos han conservado intactos estos rasgos originarios, los otros se han apartado tanto de ellos, que cuesta trabajo descubrirlos entre las manifestaciones de una nueva psicología.

Mr. Ross trata en breves capítulos, de una concisión sajona admirable, de la situación de las clases sociales, del trabajo, de las mujeres en la familia y en el hogar, de la moral, del carácter de los pueblos, del régimen de educación, de la religión, de la iglesia, de la política y el gobierno, en forma, sino completa, pro-

funda. Sus observaciones revelan una gran penetración y, sobre todo, una manifiesta sinceridad, digna del mayor respeto. Nos dirige más de una observación fundamental reveladora de los vicios y del atraso de los pueblos de América, que deben ser meditados por todos los hombres amantes de su propio país. La comparación entre los diversos pueblos de una misma raza, hecha con sinceridad y no para satisfacción de las pasiones de un falso patriotismo, puede hacernos descubrir los verdaderos factores del progreso y de la decadencia y, con ello, darnos la clave de nuestra futura política social. A ese fin he traducido e inserto a continuación los pasajes más salientes del libro, relativos a la vida intelectual argentina, para dar al lector la impresión perfecta sobre el carácter de la obra y ofrecerle la oportunidad de meditar sobre los grandes problemas educacionales y sociales que el fino espíritu de Mr. Ross insinúa.

EL ESPÍRITU DE LA ARGENTINA

La argentina es una de las sociedades sud-americanas, de las que yo he estudiado, que está cambiando fundamentalmente las antiguas bases coloniales. Hace cuarenta años, sin duda, era tan rigurosa heredera de España como Colombia o el Perú, pero el auge del desenvolvimiento material, el flujo de la inmigración cosmopolita, el rápido crecimiento de la riqueza y las excitantes perspectivas del futuro, han hecho plástica el alma de este pueblo.

Sus dirigentes son hombres de amplia visión y que aceptan complacidos las reformas. El progreso ha llegado a ser la palabra con la cual se ha conjurado todo. Ellos desean no solo caminos de hierro y obras de irrigación, enfieladoras y refinerías de azúcar, sino también, implantar nuevas instituciones y crear nuevos ideales de vida.

El elemento predominante ha llegado a ignorar las exactas bases espirituales de la antigua sociedad, que todavía se conservan en centros del interior semi coloniales, como Córdoba y Salta, que

se caracterizan por ese menosprecio por el trabajo, esa indolencia, ese desdén por los negocios, esas reservas y orgullos personales, ese exclusivismo social, ese masculinismo, el alejamiento de las mujeres, sus costumbres patriarcales, su clericalismo, su espíritu de autoridad y su hostilidad al "gringo"; por eso, todo lo que haya luchado con éxito en los países más adelantados, despierta interés en la Argentina.

Su política de educación laica, su sistema de escuela democrática, la educación de las niñas, sus escuelas normales, su confianza en la mujer como maestro elemental, el cultivo del sport atlético, sus boy-scouts, sus bibliotecas públicas, sus laboratorios bacteriológicos, sus estaciones experimentales, sus asistencias públicas, su Departamento Nacional de Agricultura, que gasta la mitad que el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, todas esas innovaciones testifican la inclinación de la Argentina a intentar un cambio de alma. Su ardor apresurado asegura, que, con el tiempo, ella tendrá también, bibliotecas escolares, colegios organizados, canchas de juegos públicos, reuniones atléticas, centros sociales, instituciones locales y todo aquello que en otras partes se ha encontrado bueno.

Por cierto, que las nuevas instituciones todavía no han tenido el tiempo necesario para influir sobre el alma nacional. El carácter del pueblo es todavía *south american*, con modificaciones debidas a circunstancias económicas y al enorme influjo de los extranjeros, pero, en vista de las influencias que han venido a actuar sobre la generación nueva, se puede esperar un gran cambio en el espíritu del pueblo, a realizarse en los tiempos que corren. Los prejuicios y los valores aristocráticos se van rápidamente. Evidentemente, las fuerzas que luchan en el alma del pueblo argentino son las mismas que nosotros conocemos también -democracia y plutocracia; el problema consiste, ahora, en transformar el espíritu de la sociedad criolla, sin que, al mismo tiempo, pierda el equilibrio, el auto contralor, el sentido del honor y de idealismo, creados en el elemento dominante del antiguo régimen,

del mismo modo que se crearon en el plantel aristocrático del antiguo sud.

El argentino es uno de los pueblos sud-americanos que aparentan tener bastantes rasgos comunes con nosotros, rasgos que pueden fundar una real amistad. Nuestro pueblo debe sentir una simpatía fraternal con ese nuevo pueblo abigarrado, empeñado en subyugar el desierto y en convertirlo en asiento de civilización. Debemos considerar los problemas planteados ante los argentinos por la distribución de su vasto dominio público, la urgente necesidad de medios de transporte, la dependencia exclusiva del capital extranjero, la excesiva dependencia de los mercados de allende los mares, la inmigración heterogénea, las fortunas repentinas, la expansión del espíritu de los ricos improvisados, la disipación en los gastos del gobierno y el reino de los intereses sórdidos en la vida pública. ¿No los hemos tenido acaso nosotros también? Por otra parte, los argentinos deben sentir simpatía hacia nosotros, porque hemos soportado la mayoría de sus experiencias, porque, por el estudio de nuestra historia, ellos están en condiciones de evitar ciertos graves errores que hemos cometido, y porque la institución que hemos implantado para ayudarnos a realizar nuestro ideal democrático, parece mejor adaptada a sus necesidades, que las de cualquier otro país. (Páginas 134 a 138).

LAS UNIVERSIDADES

Los edificios de una universidad sud-americana son urbanos, en cuanto a su situación, y claustrales, en su tipo. En la mayoría de los casos, están alojadas en un antiguo monasterio. La universidad no tiene campo, cancha atlética, patio para tenis, gimnasio, capilla, salón social, dormitorios, terrenos u otros medios para el cuidado de la juventud. No publican catálogos ni circulares, no tienen registros, no conservan nóminas de sus estudiantes, ni conocen sus direcciones. Los jóvenes viven dispersados por toda la ciudad y sin ninguna organización. Los pro-

fesores son, en su mayor parte, activos profesionales, abogados, publicistas, médicos, editores, ingenieros, farmacéuticos, arquitectos y dentistas, que dictan cursos. Tres veces por semana dictan clase y enseguida desaparecen; son, posiblemente, más bien hombres capaces, que profesores absolutamente entregados a la enseñanza de las ciencias, y traen consigo a las aulas una atmósfera de actualidad, pero tienen muy poca preocupación por la formación del alumno y carecen de tiempo para familiarizarse con los estudiantes o para guiar su trabajo individual.

Así, la universidad es un lugar de aprendizaje, pero no un ambiente, ni un modelador del alma. Desde el punto de vista moral, los preciosos años plásticos de la juventud pasados en la universidad, se malgastan. Ni con sus compañeros, ni con sus maestros, el estudiante forma asociación, que modele un carácter. Un profesor de San Marcos me hablaba de la falta de noble entusiasmo en el estudiante peruano. "Lo que necesitamos, decía, son profesores dedicados que entren en relación de intimidad personal con sus alumnos. Por el compañerismo, por el conocimiento de la individualidad y de las dudas de cada uno, él será capaz de influenciarlos. Por este camino podrá inspirarlos con sus propios ideales varoniles y de auto contralor, de honor y devoción hacia el deber, de modo que el Perú pueda tener un nuevo tipo de ciudadano y de servidor público." Un educador argentino, que ha estudiado las universidades por todo el mundo, ha penetrado aún más profundamente cuando ha dicho: "Si los fundadores de la Universidad de La Plata hubieran solamente salido un par de millas y comprado doscientos acres de tierra, edificado salones, dormitorios, gimnasios y campos atléticos, habrían creado algo que las universidades sud-americanas no tienen, es decir: vida estudiantil."

El sistema de las conferencias prevalece aún en los primeros años y no hay interrogaciones ni pruebas a mitad de curso. En general, el profesor ni atrae al estudiante, ni le despierta interés. En los cursos de leyes, muchos estudiantes interrumpen alegre-

mente las lecciones, desde el momento en que, por dinero, pueden adquirir una versión estenográfica de lo que el profesor ha dicho.

Los exámenes vienen al fin del año, de modo que muchos estudiantes pasan sin cuidado hasta dos meses antes de la prueba y, entonces, se encorvan sobre sus libros. Esto no se aplica, sin embargo, a los estudiantes de medicina, que tienen un curso duro y mucho trabajo de laboratorio. Los reformadores desean desembarazarse del sistema de las conferencias y exámenes y sustituirlo por el de clases limitadas, en las cuales el profesor pueda seguir y guiar el trabajo de cada alumno. La Universidad de La Plata, limitando la concurrencia de una clase a cincuenta alumnos, procura tal enseñanza.

Se buscaría en vano lo que nosotros conocemos por un curso que llamamos de "arte liberal" (liberal arts courses). Todos los estudiantes parecen perseguir cursos profesionales y nadie sigue estudios liberales. La ciencia pura, en realidad, es muy poco considerada en las universidades sud-americanas, pero el aparente desvío de los estudios liberales, se debe al hecho de que el curso de leyes está lleno de esas materias de cultura, economía política, sociología, criminología, finanzas públicas, derecho romano, historia del derecho, filosofía del derecho, etc, y a que muchos de los que lo siguen no tienen la intención de entregarse a la práctica de la ley. El curso de leyes es de cinco o seis años y equivale a nuestro curso profesional ordinario de leyes, después de dos o tres años de estudios de colegio (college). En ambos, medicina y leyes, las universidades sud-americanas dan una enseñanza más amplia que la que reciben, por término medio, los jóvenes médicos o abogados de nuestro país.

BIBLIOTECAS

Solamente en la Argentina se observa movimiento de bibliotecas públicas. El presidente Sarmiento, hace ya algún tiempo, en el año 70, trajo la idea, adquirida en su larga residencia diplomática en los Estados Unidos, de enviar colecciones de libros

a muchas ciudades para que sirvieran como núcleo de bibliotecas públicas; pero el pueblo no estaba al nivel de los buenos libros y no hubo bibliotecarios diestros para hacer popular la lectura. Se recuerda que, en 1872, el bibliotecario de La Rioja era un ignorante y la historia cuenta de otro bibliotecario a quien se le encontró, consolándose de la falta de pago de su sueldo, fumando cigarros armados en las hojas de la obra de Buffon sobre historia natural. Hace diez años, más o menos, que se nota un nuevo movimiento de bibliotecas, y en 1910, se ha creado una Comisión Nacional de Bibliotecas Públicas.

Una de las más obvias necesidades es una escuela para proveer de bibliotecarios preparados para hacer accesibles y atractivos los libros.

Al presente, una biblioteca pública argentina es un lugar para depositar libros, más bien que para usarlos. El horario de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, muestra claramente que la biblioteca es administrada, más para la conveniencia de sus directores, que para la conveniencia del público.

En la Universidad de La Plata hay dos mil estudiantes; sin embargo, los libros pedidos en la biblioteca, ascienden apenas al rededor de mil ochocientos por mes. Las varias bibliotecas provinciales que he visitado encierran en armarios con llave sus libros, detrás de puertas de cristal; no tienen el sistema de préstamos, ni catálogos, ni depósitos, lo que les da la apariencia de un sepulcro de libros. En Salta, los libros introducidos en un año, forman una cantidad igual al número de sus habitantes. En el Rosario, la Biblioteca Popular y la Municipal juntas tienen una asistencia de ciento quince lectores y los libros pedidos diariamente llegan apenas al número de cien.

VIDA INTELECTUAL

En Lima, Santiago y Buenos Aires, del mismo modo que en ciertas ciudades menores, hay núcleos de intelectuales que con-

tinúan aprendiendo con tanta dedicación como la que se encuentra en otros países adelantados. Los conocimientos y la fecundidad de algunos de esos intelectuales es sorprendente; por ejemplo, Ernesto Quesada, el sociólogo argentino, tiene una biblioteca privada de veinte y cinco mil volúmenes y sus obras publicadas llenan un anaquel de cinco pies de largo. La de su compatriota el jurista Estanislao Zeballos, que ha reunido por sí una biblioteca de veinte y ocho mil volúmenes, ocupa un espacio de nueve pies, y sus manuscritos, no publicados, abarcan cuatro pies más. Estudiantes y pensadores, como Cornejo, de Lima, Ballivian, de la Paz, Letellier, de Santiago, y González de Buenos Aires, serían un honor para cualquier pueblo.

Una actividad actual semejante es más encomiable, si se considera las dificultades que han debido salvar, en centros lejanos de Europa y distantes entre sí y donde los gastos de viaje necesarios para reunirse son casi insuperables.

La pequeñez de los grupos intelectuales impide la especialización y obliga al estudioso a escribir para la generalidad de los lectores, en lugar de hacerlo para los especialistas. Esto lleva a menudo a un excesivo énfasis en la forma literaria, a una superficialidad por la excesiva versatilidad. Es natural que los estudiosos consideren su principal deber transmitir a sus conciudadanos el pensamiento europeo y norteamericano, más bien que dedicarse a investigaciones independientes.

Las condiciones de la publicidad constituyen un pesado sport para los autores sud-americanos. Dice un distinguido escritor argentino: "Nosotros no tenemos verdaderos editores, ni organización del comercio de libros. Las ediciones ordinarias de los libros argentinos son de quinientos ejemplares, que el autor paga íntegramente. El editor es un vendedor de libros al detalle que los expende en su propio almacén, pero que no los hace accesibles en otras librerías de Buenos Aires u otros pueblos argentinos o en otros centros sud-americanos. Yo tengo la mayor dificultad para obtener, para mi colección, ejemplares de libros importantes

publicados en Lima o Santiago; en una palabra, no hay absolutamente medios de adquirir un libro sud-americano para el público, sea aquí o en Europa. Por otra parte, las casas españolas de publicidad inundan las librerías sud-americanas con su producción, consignada a cualquier bajo precio, desde que el libro se supone que ya se ha costado en España; de aquí resulta que los libros españoles y no los del país son los que dan a ganar a los libreros de Buenos Aires; no hay pues que maravillarse de que aquí tengamos que publicar a nuestra propia expensa."

No debemos olvidar tampoco, que el público lector es muy reducido, porque, como en los pueblos de nuestro lejano Oeste, casi todo el mundo está absorbido por los afanes materiales. Un rector de universidad dijo: "diez mil personas componen los pensadores y directores para siete u ocho millones de argentinos." Los lectores de novelas francesas pueden llegar a cien mil, pero los lectores de libros serios, no técnicos, varían entre dos a cuatro mil. En una palabra, la vida intelectual de Sud América es una alto pero sutil obelisco. De lo que, principalmente, se carece es de una amplia cultura de clases, bastante para consumir las producciones de la élite. Los periódicos sud-americanos circulan por cientos de ejemplares y, en Buenos Aires, hay dos grandes diarios, pero los magazines sudamericanos son de última clase. En la dirección de la Revista de Derecho, Historia y Letras, de Buenos Aires, ví serca de quinientos libros argentinos serios y revistas, que habían aparecido en el curso de seis meses. Esto es extraordinario, si se considera la estrechez de los círculos intelectuales, y de ello se podría inferir que más de un autor debe haber publicado, principalmente, para verse en prensa, sabiendo que los otros miembros del círculo están demasiado ocupados escribiendo, para tener tiempo de leer sus libros. (Páginas 288 a 298).

E. MARTINEZ PAZ.

ADRIAN RUIZ MORENO. — *Señales Trigonométricas*.
— Buenos Aires, 1915. — págs. 99.

Con el título de “Señales Trigonométricas”, ha aparecido un tratado cuyo autor es el teniente coronel Ruiz Moreno, conocido ya en nuestro mundo científico por su vasta preparación en las materias de Topografía, Geodesia y Cartografía, que le ha hecho merecer designaciones honrosas de parte del Instituto Geográfico Militar Argentino.

El libro “Señales Trigonométricas” será acogido con verdadero interés por parte de los técnicos que se dedican a esta clase de trabajos; pero donde está llamado a aportar un valioso concurso es en el Instituto del cual el autor forma parte y, sobre todo, a las comisiones designadas para las operaciones geodésicas de triangulación de nuestro territorio.

En su libro el autor, después de describir las señales usuales, entra a tratar un aparato de su invención destinado a aumentar la visibilidad de las señales. Dicho aparato llamado por su autor “bandera heliótropa”, está basado en la concepción de un método nuevo para señalar puntos sobre el terreno en una operación geodésica o topográfica, sobre todo en aquellos parajes donde la distancia, ayudada por los accidentes del terreno, imposibilita la visibilidad.

El aparato en sí está destinado a producir señales luminosas, aprovechando como agente la luz solar.

En nuestro territorio, cuya topografía, en su mayor parte, es la de dilatadas llanuras, cubiertas de vegetación, un aparato como la “bandera heliótropa” destacándose en el horizonte como una estrella, será inconfundible aún a distancias considerables, lo que facilitará la determinación de puntos *ahorrando tiempo y dinero*, como ha sido el propósito del autor.

En el tratado sobre “Señales Trigonométricas”, encontramos dos capítulos sobre la depresión del horizonte y los elementos del esferoide terrestre, que por la forma y método de expo-

sición, resultan novedosos y revelan en el autor un criterio científico ampliado por la experiencia.

Es de felicitarse que los hombres encargados de la construcción de la carta de la República, cuenten con personas como el señor A. Ruiz Moreno, dedicados como se ve al estudio y al trabajo.

Debemos pues felicitar al autor que demuestra una vasta preparación en la materia, augurando para su libro y para su invento una general aceptación.

F. V. de N.

ERNESTO QUESADA. — *La actual civilización germánica y la presente guerra.* — Buenos Aires, 1914. — 58 págs.

ERNESTO QUESADA. — *“El Peligro Alemán” en Sud América.* — Buenos Aires, 1915. — 75 págs.

RAYMUNDO WILMART. — I *El Ideal Americano.* — II *Peligros.* — *El Kaiser. Alemania.* — Buenos Aires, 1915. — 32 páginas.

Estos tres folletos, de una literatura sumamente interesante, son algo así como alegatos en favor y en contra de Alemania.

El doctor Quesada, uno de nuestros publicistas de más varia y sólida cultura, ha puesto en sus dos publicaciones, extractadas la primera de la Revista de Derecho, Historia y Letras y la segunda, de la Revista Argentina de Ciencias Políticas, su habitual copia de información precisa y variada, encareciendo el mérito de estos trabajos un criterio sereno y ecuánime. La defensa del doctor Quesada está por ello muy distante de esas desafortunadas apologías germanófilas, ineficaces siempre por lo excesivas.

La primera publicación, defiende a Alemania de la sistemática acusación con que se quiere desacreditarla, presentándola ante el mundo como el emporio de la barbarie, pasando revista

al admirable conjunto de calidades y adelantos, que en todos los órdenes han llevado al Imperio al lugar eminente que hoy ocupa: el vuelo de sus industrias, la habilidad, penetración y ascendente de su comercio, la sabiduría de su instrucción pública, la amplitud de sus manifestaciones científicas, literarias y artísticas, la energía de su política y la cohesión, perseverancia y espíritu patriótico del pueblo.

Ninguna persona culta podrá, con ánimo sereno, negar los bienes que la civilización general debe a Alemania y ello, aunque se censuren determinados actos de su política y no se amen ciertos aspectos de su carácter.

Es esto verdad evidente, que nadie discutirá más tarde, cuando vencida o vencedora, la paz reine de nuevo en Europa. y con el reinado de la paz venga el de la justicia.

Por hoy, y mientras el dominio de los cables esté en manos de Inglaterra y lo que por ellos pasa, sometido a rigurosa censura, la voz de Alemania no podrá hacerse oír con toda libertad.

Ocúpase el doctor Quesada en su segunda publicación de la importancia del monopolio informativo que detentan los enemigos de Alemania; hace notar el daño moral y el desprestigio que en el ánimo de los americanos se ha seguido como consecuencia y detiénese, al par que en un estudio documentado del verdadero móvil de la guerra que es, en su sentir, la rivalidad comercial anglo-alemana, en estudiar el supuesto peligro que para Sud-América — en especial para el Brasil y la Argentina — representaría el triunfo germánico. Prueba el autor la inanidad y perfidia de tal insinuación y recuerda que Inglaterra con sus invasiones, su ocupación de las Malvinas y con la grave y abortada cuestión de los galenses, nos ha dado fundamento para temer de ella lo que pretende que temamos de Alemania.

Abona sus conclusiones con ciertas consideraciones sobre la codicia que puede despertar en Inglaterra el Estrecho de Magallanes, que ha ganado en importancia estratégica lo que ha perdido en importancia comercial, después de la apertura del canal de

Panamá, y cree encontrar garantías del lado de Alemania en las declaraciones hechas por el emperador al ministro Gómez en 1907; por las hechas en el Parlamento alemán por el ministro de Relaciones Exteriores, y por la comunicación confidencial de este mismo ministro al doctor Estanislao Zeballos, a raíz del discurso en que definió, delante del señor Roosevelt, el alcance y valor de la doctrina de Monroe. Concluye afirmando que Alemania no tiene aspiración de conquista territorial en Sud América, aunque sí aspiración, por cierto bien legítima, de conquistar sus mercados comerciales.

De un tono más apasionado es el trabajo del doctor Wilmart que se muestra enemigo franco de Alemania, censurando vigorosamente su política turbia con relación a Bélgica, la premeditación alevosa del golpe, la furia destructiva ante la resistencia del heroico pueblo, los principios brutales de su política, encarnados en la frase aquella "de ser los tratados un pedazo de papel" y el egoísmo sin escrúpulos de sus manifestaciones.

El doctor Wilmart ve en Alemania sobre todo, la enemiga de la democracia, la conservadora del despotismo, la potencia retrógrada por excelencia, gobernada por una casta militar, de cuyas aspiraciones es ejecutor el Kaiser.

Opone al mismo tiempo a la idolatría de la ciencia alemana, los grandes nombres de la ciencia inglesa y francesa, célebres por el vigor de espíritu y la trascendencia de la doctrina y formula como conclusión los artículos del abominable código de derecho internacional que se deduce de los principios alemanes.

Si consideramos que la guerra actual, por su amplitud y trascendencia es una cuestión complejísima, mal se puede encerrarla en fórmulas simples que descarguen sobre una parte la responsabilidad completa. Todas las naciones en guerra cargan con su parte porque ninguna está absolutamente exenta de culpa, pero no es todavía el momento de distribuir la justicia completa la cual vendrá más tarde. Son, sin embargo, utilísimas aquellas expresiones de agravio y defensas que, como las publicaciones que nos ocupan,

traen elementos más o menos interesantes y valiosos para preparar el juicio definitivo.

L. G. M. V.

LETRAS ARGENTINAS.—*Revista mensual*.—Buenos Aires.

Esta Revista cuyo primer número ha aparecido en el mes de mayo próximo pasado, está dirigida por don Félix M. Ugarteche y trae un selecto material de lectura, compuesto de trabajos firmados por escritores de valer, como los señores Biedma, Vedia y Mitre, Urien, Obligado, y Garmendia.

L. G. M. V.

ALEJANDRO BERGALLI. — *Escuela Normal de Profesores*. — Memoria presentada por su Director, señor Alejandro Bergalli. — Buenos Aires. — Establecimiento tip. A. G. Rezzónico, Rivadavia 3934.

He aquí otra memoria que como la de la Caja de Jubilaciones de Córdoba, de la cual nos ocupamos en el número anterior de esta *Revista*, se diferencia de la mayoría de los documentos de ese género. Sin perderse en palabrerío, generalmente destinado a ocultar lo poco que se ha hecho por la oficina o corporación que la presenta o la carencia de ideas de los jefes que las des gobiernan, el señor Bergalli expone francamente la verdad e indica el remedio para los males que denuncia, sin preguntar si desagradará a los autores de las medidas criticadas, sus superiores gerárquicos inmediatos. Ello no es de extrañar, por lo demás, dadas las aptitudes, larga experiencia y condiciones de carácter del distinguido profesor que dirige la Escuela Normal de Buenos Aires.

En el capítulo referente al plan de estudios y programas en vigor desde el año pasado, pone de manifiesto errores graves que imposibilitan la formación de profesores suficientemente preparados.

Así, por ejemplo, considera excesivo el número de materias cuya especialización se exige del profesor normal. Debe limitarse, dice, a preparar profesores de matemáticas exclusivamente, de ciencias físico-químicas, de geografía e historia y literatura, de filosofía, etc; de tal manera serían más sólidos los estudios y cabría disminuir las horas de clase en beneficio del mejor aprovechamiento del estudiante.

La preparación profesional propiamente dicha es muy escasa; la crítica pedagógica ha sido olvidada, debiendo corresponderle lugar preferente. El estudio de la psicología aplicada a la educación demanda una ampliación de carácter práctico. La supresión de asuntos demasiado abstractos que figuran en los programas desde el primer año, se impone en beneficio de lo principal.

Señala la memoria deficiencias en otras asignaturas y cita el hecho, poco común, de un profesor, distinguido naturalista, quien nombrado para dictar una cátedra, hizo renuncia del cargo manifestando que no podía, a sabiendas, comprometerse a enseñar el programa de su asignatura, cuando anticipadamente le constaba que era imposible realizar semejante tarea. Este caso nos recuerda, por contraste, el de otro profesor que nunca se había ocupado de química y que, no obstante, aceptó una cátedra y pidió permiso, poniendo suplente durante dos meses, mientras él estudiaba la materia!

Sintetiza el señor Bergalli su juicio, diciendo que como regla general, los nuevos programas comprenden conocimientos que no es posible transmitir en el tiempo que el plan de estudios fija y que para llevar la enseñanza al terreno de verdadera observación y experiencia, tal como es necesario, se carece de elementos y de los recursos con que pueden ser adquiridos, los cuales van disminuyendo de año en año.

No debe sorprendernos el resultado del nuevo plan: nosotros lo habíamos previsto al comprobar que en la Comisión que lo formulara se impuso, por un procedimiento que no ha quedado

esclarecido, la opinión de los miembros menos entendidos contra la de profesionales competentes que defendieron la buena doctrina. El Consejo resolvió de acuerdo con la opinión de los que —ciegos en la materia — sin más que su prejuicio contra la pedagogía y sin haber observado de cerca los hechos, atropellaron a esa, para ellos, pseudo ciencia “del sentido común”, reduciéndola a su mínima expresión, ubicándola mal y atribuyendo a la poca extensión de los estudios generales, la insuficiencia científica de los profesores normales, cuando la causa está precisamente en lo contrario: en haberse querido abarcar mucho en detrimento de la seriedad e intensidad de los estudios. Y hé ahí cómo, ahora, no se habrá hecho más sólida la cultura científica, pero se habrá empeorado la aptitud pedagógica de maestros y profesores.

Por fortuna, a despecho de malos planes, programas y reglamentos y de autoridades superiores ajenas a sus funciones, donde hay buenos directores y profesores competentes y empeñosos, los males se atenúan, en tanto llegue el día en que a la enseñanza, que involucra los más grandes intereses morales y también, indirectamente, los materiales, del país, se la respete siquiera en el mismo grado en que se respetan las fábricas de zapatos, es decir, poniendo en la dirección superior que la gobierna, a personas entendidas teórica y prácticamente.

En sucesivos capítulos, cuyo análisis no cabe en una simple noticia bibliográfica, el señor Bergalli se ocupa de la disciplina, exámenes, horarios, becas, curso de aplicación, edificio, mobiliario, ilustraciones, biblioteca, etc.

Dos tópicos creemos, siquiera, conveniente destacar. El primero se refiere al presupuesto de las escuelas normales disminuido en los últimos años, a la inversa de lo acontecido con el de los colegios nacionales. Mientras a éstos se les ha aumentado el personal y los sueldos, en la escuela normal, especialmente en la de profesores, se ha rebajado los sueldos, suprimido empleados y reducido la partida de gastos generales.

Cualquiera que conozca la naturaleza distinta de ambas clases de instituto, sabe el trabajo infinitamente mayor y las responsabilidades superiores que pesan sobre directores y profesores de los institutos destinados a preparar los maestros necesarios para educar a los 700.000 analfabetos que tenemos. Y con razón dice el señor Bergalli que no puede establecerse comparación entre lo que cuesta un bachiller y lo que cuesta un maestro normal. Agrega que la diferencia advertida debiera ser mayor, pues justo sería que el Estado no invirtiese sus recursos en proporcionar educación secundaria gratuita, cuando no está en condiciones de dar la primaria obligatoria a todos los niños en edad de recibirla.

El segundo trata de la necesidad, urgente sin duda, de favorecer la formación de personal masculino, tan reducido en número que la educación de los varones está entregada a maestras, y maestras jóvenes, poco experimentadas, hasta en los grados superiores de las escuelas masculinas, donde la acción del maestro varón es indispensable e insustituible. Buenos Aires tiene 10 escuelas normales de mujeres y una sola masculina y en esa o peor proporción se hallan en todo el país, teniendo las escuelas mixtas pequeño número de alumnos varones.

Es una cuestión grave y que debe resolverse y que se solucionaría aumentando el número y monto de las becas para los varones, aun cuando debiera reducirse en las escuelas de maestras, siempre pléticas de concurrentes sin necesidad de ese estímulo. La remuneración del maestro varón debe también elevarse. La protección y la recompensa al trabajo está sometida a la ley de la oferta y la demanda y son demasiado importantes los intereses envueltos en este asunto para que su solución se sacrifique a un mal entendido sentimiento de equidad, por el cual se resiste a establecer diferencias entre los sueldos al maestro y a la maestra. Sobre todo que no entendemos que los de ésta deban disminuirse, muy al contrario; pero los del varón, que tiene generalmente mayores necesidades, deben acrecerse hasta permitir

que el hombre pueda continuar decorosamente en la carrera; es el país el que ganaría más con ello.

La solicitud con que termina su memoria el señor Bergalli, contiene una verdadera lección de dignidad profesional. Después de criticar la ineficacia de reglamentos demasiado minuciosos y de insistir en que lo esencial es elegir con acierto los directores, que han de merecer completa confianza, pide que se suprima del reglamento vigente las penas de apercibimiento y suspensión. Dice: "Un Director de Escuela Normal ocupa un puesto más delicado que los funcionarios de las misma categoría de otros institutos. Su misión es más seria y de más trascendental importancia: formar maestros y profesores competentes y honorables, es decir, profesionales encargados de educar a la juventud del país. No se concibe que esta función esté confiada a personas que no sean dignas de ella. De ahí que no debe suponerse que cometa actos impropios, que se traduzcan en faltas que merezcan corrección. El Director que se hace pasible de una pena, no debe permanecer al frente de la Escuela y para ello debe bastar una simple insinuación..... Un director apercibido o suspendido, no puede, decorosamente, continuar desempeñando su empleo: habrá dejado de ser un ejemplo para sus alumnos, su autoridad estará quebrantada y lesionado el respeto que antes se le profesaba.

El Director que no cumple debidamente sus deberes, debe abandonar el cargo; en su defecto, debe ser exonerado. No puede pues haber en el reglamento más que una pena: la exoneración."

De acuerdo, aplaudimos; pero no sin agregar que el mismo criterio debe aplicarse a los rectores de los demás institutos de educación, comprendidos por cierto, y en primer término, los colegios nacionales, cuyos jefes tienen también "carga de almas" aun cuando no siempre parezcan entenderlo así.

PABLO A. PIZZURNO.

MAXIMO VIRGOLINI. — *Instrucciones didácticas para los maestros.* — Córdoba, 1915. — Talleres gráficos de la Penitenciaría.

El señor Máximo Virgolini, ex-Inspector General de Escuelas de Córdoba, tuvo ocasión, durante el desempeño de tan importante cargo, de observar de cerca el estado educacional de la provincia y las causas de sus deficiencias, y, por lo tanto, de conocer los medios que más urge aplicar para corregir estas últimas. Hemos leído alguna vez in extenso sus informes generales elevados al Consejo de Educación y los hallamos llenos de juiciosas críticas expuestas con sencillez y acompañados de ciertas indicaciones prácticas, que a ser tomadas seriamente en cuenta por las autoridades superiores, hubieran determinado un cambio favorable en la marcha de las escuelas.

De lo que han menester éstas, ¿quien no lo sabe?, es de maestros aptos, con la noción exacta de sus deberes, el conocimiento preciso de los medios para cumplirlos y los estímulos morales y materiales para consagrarse a ello con empeño, estímulos que han de llegarles de arriba y sin cesar para que la actividad docente no decaiga. Y esto, tan necesario aun tratándose de un personal diplomado, con la dosis media de competencia exigible a todo empleado escolar, resulta indispensable y urgente cuando aquél carece de tal competencia. Es el caso de Córdoba, cuyo porcentaje de maestros sin título gira alrededor del 75 por ciento, enorme cifra, harto significativa, y que por sí sola bastaría para explicar, si otras razones no hubiera, la deplorable situación de la enseñanza.

Se comprende, entonces, cuánto importa hacer llegar a los docentes, por lo menos instrucciones didácticas claras, concretadas a lo principal de su función y es eso lo que se ha propuesto tan plausiblemente el señor Virgolini al escribir este librito, prestando con ello un verdadero servicio, que debe serle anotado, con tanta mayor razón, en su buena foja, cuanto que lo presta

desinteresadamente aun a pesar de haber cesado en sus funciones de inspector.

Como él lo dice en el prólogo, ha redactado ese trabajo con el principal propósito de resumir, en breve espacio, y en forma que resulte útil al personal de las escuelas, las reglas e indicaciones más importantes relativas a la metodología especial de las materias del programa escolar, intercalando comentarios y observaciones que la práctica le ha sugerido y agregando algunos capítulos sobre diversos temas escolares de actualidad. Entre estos últimos se ocupa de la misión de la escuela y del maestro, recordando, entre otras cosas, demasiado olvidadas, que la escuela, adaptándose al medio y a las necesidades reales, debe enseñar a trabajar tanto como a leer y a escribir, y que la ausencia de talleres que debieran existir con más derecho que el aula de Geografía o de Historia, acusa una orientación fundamentalmente equivocada.

El interesante y útil librito del señor Virgolini, contiene también algunas instrucciones para los inspectores, un estudio sobre el sistema de promociones y exámenes y otro sobre programas. Respecto de estos últimos insiste en una verdad que sigue siendo desconocida para los directores superiores de la instrucción pública: la de que la letra de aquéllos, es lo que menos importa si el maestro no tiene la situación material, intelectual y moral requerida, para ser de veras un factor eficiente de progreso social.

PABLO A. PIZZURNO.
